

¿TIENE CURA EL PSICOANALISIS?

Muchos aseguran que el psicoanálisis está moribundo. La neurobiología dice, poco menos, que fue un buen relato sobre la mente humana, pero que ninguno de sus postulados ha sido realmente probado. ''Objeto de moda, el psicoanálisis es tomado a menudo como un objeto de creencia y, por ende, de descreimiento, donde cada uno se considera competente para 'no creer en el psicoanálisis', así como se cree o no se cree en la astrología'', dice el francés Jean Laplanche, uno de los grandes del psicoanálisis de hoy en este **FUTURO** donde además se repasan los viejos y los nuevos problemas de la disciplina (aún inasible y molesta tanto para las ciencias sociales como para las ciencias médicas), que Freud fundó y que en menos de un mes reunirá en Buenos Aires a su plana mayor en pleno. Tal vez en esa oportunidad, en ese primer congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) llevado a cabo en un país latinoamericano, algunos de los cuestionamientos de los que dan cuenta estos artículos sean abordados.

Nada de creer o no creer

PSICOANALISIS NO ES ASTROLOGIA

Por Jean Laplanche

Uno escucha decir por todos lados que el psicoanálisis está moribundo. Con seguridad, los términos que emplea han invadido nuestra sociedad: un presidente habla sin parpadear de su "superyó nuclear" y los "impulsos" se han convertido en el código de las mensajerías telefónicas. Pero con el uso llega el deterioro y con el deterioro, a veces, el ridículo. Los conceptos psicoanalíticos parecen envejecer mal: el complejo de Edipo se ha convertido en una cantinela y desde hace decenios es la coartada de las peores comedias. Estas palabras, que el público se pasa de boca en boca, hace ya tiempo que una parte de los medios científicos y filosóficos las consideran como los índices de un pensamiento esclerotizado, ideológico e inverificable. Marxismo y psicoanálisis han reinado demasiado tiempo sobre la moda intelectual y como toda moda han pasado. Las neurociencias, la biología, la psicología cognitiva en lugar de emprender diálogo con el psicoanálisis, son exhibidas como disciplinas *alternativas* de una visión del mundo que retraía todo al "sexo". Objeto de moda, el psicoanálisis es objeto de creencia y, por lo tanto, también, de no creencia, donde cada uno se considera competente para *no creer en el psicoanálisis* como se puede creer o no en la astrología.

Del lado de la cura psicoanalítica aparece la misma reputación en gran parte de la opinión. Sin duda, ciertas aberraciones en la práctica han alimentado la acusación de charlatanería. Pero hay otras que vienen de más lejos: desde sus comienzos, el análisis fue considerado por la gente "seria" como una sutil variedad de estafa, que mantiene a los pacientes en estado de subordinación durante años. Un procedimiento ineficaz que en el mejor de los casos consigue resultados por un simple efecto de sugestión. La acusación que se le hace al psicoanálisis de no ser más que una variante de la hipnosis, de "no soltar nunca" a aquellos que tiene entre sus garras, sigue vigente. Como si no existieran terapias esclavizantes más evidentes y constreñidas, comenzando por ciertos tratamientos medicamentosos que se prolongan indefinidamente. A estas acusaciones, sin embargo, se contraponen las historias de un gran número de analizados. Si uno se toma el trabajo de escuchar, llama la atención la lucidez y la libertad (tan alejada del rencor como de la devoción) con que éstos testimonian las modificaciones profundas que el psicoanálisis aportó a su existencia.

Es obvio que forcé voluntariamente en este balance con una parte de la opinión. Pero si bien se anuncia la muerte inminente del psicoanálisis, es bueno recordar que este pronóstico está en curso desde hace mucho tiempo... y que el moribundo resiste... Es verdad que nuestra civilización amplia los fenómenos de moda: la doctrina "psicoanalítica" bastarda que manejan los medios no satisface la sed de sensacionalismo. ¡Asómbrennos! Es la palabra clave de los críticos (del psicoanálisis... pero también en pintura, en música y hasta en cocina...).

Y el psicoanálisis no asombra más... Quizás. Pero, ¿qué psicoanálisis?

Reducirlo a una doctrina atrozmente simplificada (castración, instinto de vida e instinto de muerte, yo, superyó, etc.) o a un simple procedimiento psicoterapéutico es quizá tomar el asunto al revés. ¿Dónde se sitúa el *descubrimiento* psicoanalítico, lo que pretende aportar de *nuevo* al conocimiento del hombre? Sobre eso, escuchemos a Freud. En su definición, la prioridad no está dada ni a la teoría ni a la terapéutica sino al método: el psicoanálisis es antes que nada "un procedimiento para la investigación de los procesos mentales casi inaccesibles de otra forma".

El psicoanálisis reivindica el descubrimiento de nuevos fenómenos gracias a un nuevo instrumento: así, el invento de un nuevo tipo de telescopio permite captar nuevos objetos, quasars, agujeros negros, etc.; luego será asunto de las teorías intentar darles explicaciones satisfactorias.

¿Cuáles son los nuevos fenómenos, descubiertos por el "instrumento" psicoanálisis? Nosotros los etiquetamos con la palabra "inconsciente", lo que ya es una primera teorización. Más allá de los términos destinados a dar cuenta de ellos, se trata de un conjunto de fenómenos marginales que existían antes de Freud, pero que el *método* psicoanalítico permitió tomar en consideración como altamente significativos. Un sueño, un síntoma absurdo (una tos "nerviosa" que no ceda a nada, la manía de acomodar el escritorio de una determinada manera), un comportamiento que se repite (uno se pone una y otra vez en la misma situación con la misma clase de pareja), un lapsus que causa risa en medio de una seria pieza oratoria... tantos puntos de tropiezo, tipos de concreciones o de grumos en nuestra existencia que Lacan nombra "formaciones del inconsciente", expresando de la mejor manera ese surgimiento en la existencia más "razonable", de objetos... venidos de otra parte.

Venidos de otra parte, pero imposibles de explorar en un *método específico:* he allí lo que es constantemente ignorado, olvidado cuando alguien, hasta el más sabio, pretende juzgar el psicoanálisis. La opinión admite bien, si un orador hace un lapsus en la Asamblea Nacional ("el rey Saddam Hussein de Jordania"), que ese furcio puede tener un sentido. Se habla corrientemente del "lapsus freudiano", lo que marca bien el éxito ambiguo del psicoanálisis: ciertos *lapsus*, los más fáciles de interpretar serían "psicoanalíticos"; los otros no. En realidad, lo que es "freudiano" no es el lapsus, sino el *método* riguroso, difícil, que nos pone sobre la pista de un sentido oculto, profundamente escondido, propio de un individuo en particular y "casi inaccesible de otra manera".

El método psicoanalítico está en el centro del descubrimiento freudiano. Se lo puede resumir en dos términos: asociaciones libres y transferencia. Inventado primero, el método de las "asociaciones libres" consiste en expresar todos los pensamientos que se tiene, sin elección voluntaria, sin callar lo que puede parecer desagradable, desprovisto de interés. Muy pronto, uno se da cuenta de que los pensamientos, liberados así de sus intenciones conscientes, gravitan sobre puntos de atracción desconocidos para el sujeto. Una marcha que puede ser comparada a la que les permite a los astrónomos a partir de perturbaciones mínimas en la órbita de los planetas observables, descubrir la existencia de otro cuerpo celeste, todavía invisible al telescopio.

Pronto, sin embargo, otro elemento capital del método interviene: ese discurso, libre, aligerado de las preocupaciones cotidianas, nunca es solitario; se dirige siempre, real o potencialmente a *Otro*. La transferencia no es, en su esencia, otra cosa que este *dirigirse* a Otro (el psicoanalista), a través del cual el analizado reactualiza su diálogo con sus más antiguos interlocutores.

Hablar —libremente— *a alguien:* esta proposición que puede parecer simple es sin embargo perturbadora, innovadora, insólita para quien no haya vivido la experiencia. Experiencia profundamente liberadora, que apunta a la autonomía, a preguntarse por las motivaciones más singulares. De alguna manera des-cubrir el "inconsciente" no es otra cosa que reabrir: hacer circular de nuevo, en la relación con el otro, algo que hace mucho había quedado fijado, enquistado.

Afirmar, como elementos mayores del psicoanálisis, al *método*, a los "objetos" (inconscientes) que permite identificar, y a la situación de transferencia (lo único capaz de poner en juego esos "objetos") es indicar lo que no está próximo a desaparecer en el descubrimiento freudiano. Es también, como lo hacía Freud mismo, ubicar en posición derivada, si no accesoria, tanto la teoría analítica como la técnica psicoterapéutica.

Freud consideraba la teoría psicoanalítica como una simple "superestructura". Sin adoptar una visión tan simple, sería presuntuoso afirmar que una teoría no desaparece. Todo pensamiento, digno de ese nombre, se confronta con los hechos, la experiencia, y se le exige una cierta coherencia interna. Toda teoría es mortal y su muerte más bella es encontrarse recuperada, englobada como



Nada de creer o no creer

PSICOANALISIS NO ES ASTROLOGIA

Por Jean Laplanche

Uno escucha decir por todos lados que el psicoanálisis está moribundo. Con seguridad, los términos que emplea han invadido nuestra sociedad: un presidente habla sin parpadear de su "superyó nuclear" y los "impulsos" se han convertido en el código de las mensajerías telefónicas. Pero con el uso llega el deterioro y con el deterioro, a veces, el ridículo. Los conceptos psicoanalíticos parecen envejecer mal: el complejo de Edipo se ha convertido en una cantinela y desde hace decenios es la coartada de las peores comedias. Estas palabras, que el público se pasa de boca en boca, hace ya tiempo que una parte de los medios científicos y filosóficos las consideran como los índices de un pensamiento esclerotizado, ideológico e inverificable, Marxismo y psicoanálisis han reinado demasiado tiempo sobre la moda intelectual y como toda moda han pasado. Las neurociencias, la biología, la psicología cognitiva en lugar de emprender diálogo con el psicoanálisis, son exhibidas como disciplinas *alternativas* de una visión del mundo que retraía todo al "sexo". Objeto de moda, el psicoanálisis es objeto de creencia y, por lo tanto, también, de no creencia, donde cada uno se considera competente para *no creer en el psicoanálisis* como se puede creer o no en la astrología.

Del lado de la cura psicoanalítica aparece la misma reputación en gran parte de la opinión. Sin duda, ciertas aberraciones en la práctica han alimentado la acusación de charlatanería. Pero hay otras que vienen de más lejos: desde sus comienzos, el análisis fue considerado por la gente "seria" como una sutil variedad de estafa, que mantiene a los pacientes en estado de subordinación durante años. Un procedimiento ineficaz que en el mejor de los casos consigue resultados por un simple efecto de sugestión. La acusación que se le hace al psicoanálisis de no ser más que una variante de la hipnosis, de "no soltar nunca" a aquellos que tiene entre sus garras, sigue vigente. Como si no existieran terapias esclavizantes más evidentes y constreñidas, comenzando por ciertos tratamientos medicamentosos que se prolongan indefinidamente. A estas acusaciones, sin embargo, se contraponen las historias de un gran número de analizados. Si uno se toma el trabajo de escuchar, llama la atención la lucidez y la libertad (tan alejada del rencor como de la devoción) con que éstos testimonian las modificaciones profundas que el psicoanálisis aportó a su existencia.

Es obvio que forcé voluntariamente en este balance con una parte de la opinión. Pero si bien se anuncia la muerte inminente del psicoanálisis, es bueno recordar que este pronóstico está en curso desde hace mucho tiempo... y que el moribundo resiste... Es verdad que nuestra civilización amplía los fenómenos de moda: la doctrina "psicoanalítica" bastarda que manejan los medios no satisface la sed de sensacionalismo. ¡Asómbrennos! Es la palabra clave de los críticos (del psicoanálisis... pero también en pintura, en música y hasta en cocina...).

Y el psicoanálisis no asombra más... Quizás. Pero, ¿qué psicoanálisis?

Reducirlo a una doctrina atrozmente simplificada (castración, instinto de vida e instinto de muerte, yo, superyó, etc.) o a un simple procedimiento psicoterapéutico es quizá tomar el asunto al revés. ¿Dónde se sitúa el *descubrimiento* psicoanalítico, lo que pretende aportar de *nuevo* al conocimiento del hombre? Sobre eso, escuchemos a Freud. En su definición, la prioridad no está dada ni a la teoría ni a la terapéutica sino al método: el psicoanálisis es antes que nada "un procedimiento para la investigación de los procesos mentales casi inaccesibles de otra forma".

El psicoanálisis reivindica el descubrimiento de nuevos fenómenos gracias a un nuevo instrumento: así, el invento de un nuevo tipo de telescopio permite captar nuevos objetos, quasars, agujeros negros, etc.; luego será asunto de las teorías intentar darles explicaciones satisfactorias.

¿Cuáles son los nuevos fenómenos, descubiertos por el "instrumento" psicoanálisis? Nosotros los etiquetamos con la palabra "inconsciente", lo que ya es una primera teorización. Más allá de los términos destinados a dar cuenta de ellos, se trata de un conjunto de fenómenos marginales que existían antes de Freud, pero que el *método* psicoanalítico permitió tomar en consideración como altamente significativos. Un sueño, un síntoma absurdo (una tos "nerviosa" que no ceda a nada, la manía de acomodar el escritorio de una determinada manera), un comportamiento que se repite (uno se pone una y otra vez en la misma situación con la misma clase de pareja), un lapsus que causa risa en medio de una seria pieza oratoria... tantos puntos de tropiezo, tipos de concreciones o de grumos en nuestra existencia que Lacan nombra "formaciones del inconsciente", expresando de la mejor manera ese surgimiento en la existencia más "razonable", de objetos... venidos de otra parte.

Venidos de otra parte, pero imposibles de explorar en un *método específico:* he allí lo que es constantemente ignorado, olvidado cuando alguien, hasta el más sabio, pretende juzgar el psicoanálisis. La opinión admite bien , si un orador hace un lapsus en la Asamblea Nacional ("el rey Saddam Hussein de Jordania"), que ese furcio puede tener un sentido. Se habla corrientemente del "lapsus freudiano", lo que marca bien el éxito ambiguo del psicoanálisis: ciertos *lapsus*, los más fáciles de interpretar serían "psicoanalíticos"; los otros no. En realidad, lo que es "freudiano" no es el lapsus, sino el *método* riguroso, difícil, que nos pone sobre la pista de un sentido oculto, profundamente escondido, propio de un individuo en particular y "casi inaccesible de otra manera".

El método psicoanalítico está en el centro del descubrimiento freudiano. Se lo puede resumir en dos términos: asociaciones libres y transferencia. Inventado primero, el método de las "asociaciones libres" consiste en expresar todos los pensamientos que se tiene, sin elección voluntaria, sin callar lo que puede parecer desagradable, desprovisto de interés. Muy pronto, uno se da cuenta de que los pensamientos, liberados así de sus intenciones conscientes, gravitan sobre puntos de atracción desconocidos para el sujeto. Una marcha que puede ser comparada a la que les permite a los astrónomos a partir de perturbaciones mínimas en la órbita de los planetas observables, descubrir la existencia de otro cuerpo celeste, todavía invisible al telescopio.

Pronto, sin embargo, otro elemento capital del método interviene: ese discurso, libre, aligerado de las preocupaciones cotidianas, nunca es solitario; se dirige siempre, real o potencialmente a *Otro.* La transferencia no es, en su esencia, otra cosa que este *dirigirse* a Otro (el psicoanalista), a través del cual el analizado reactualiza su diálogo con sus más antiguos interlocutores.

Hablar —libremente— *a alguien:* esta proposición que puede parecer simple es sin embargo perturbadora, innovadora, insólita para quien no haya vivido la experiencia. Experiencia profundamente liberadora, que apunta a la autonomía, a preguntarse por las motivaciones más singulares. De alguna manera des-cubrir el "inconsciente" no es otra cosa que reabrir: hacer circular de nuevo, en la relación con el otro, algo que hace mucho había quedado fijado, enquistado.

Afirmar, como elementos mayores del psicoanálisis, al *método,* a los "objetos" (inconscientes) que permite identificar, y a la situación de transferencia (lo único capaz de poner en juego esos "objetos") es indicar lo que no está próximo a desaparecer en el descubrimiento freudiano. Es también, como lo hacía Freud mismo, ubicar en posición derivada, si no accesoria, tanto la teoría analítica como la técnica psicoterapéutica.

Freud consideraba la teoría psicoanalítica como una simple "superestructura". Sin adoptar una visión tan simple, sería presuntuoso afirmar que una teoría no desaparece. Todo pensamiento, digno de ese nombre, se confronta con los hechos, la experiencia, y se le exige una cierta coherencia interna. Toda teoría es mortal y su muerte más bella es encontrarse recuperada, englobada como un caso particular en una visión más amplia, más general. Pero si las teorías psicoanalíticas son mortales, es estar mal informado considerar que el pensamiento psicoanalítico está consagrado a una repetición estéril: en realidad está bien vivo, en pleno movimiento, capaz de alborotar en profundidad. Una de las tareas que le son asignadas es la de darse plenamente cuenta en la *constitución del individuo humano, de su relación original con el otro.*

¿La terapéutica, el psicoanálisis como tratamiento, es solamente una simple aplicación del "método" y, por así decirlo, su pariente pobre? Expresarse así es pasar rápidamente sobre lo que hace a la paradoja de la "cura" psicoanalítica: por un lado, todo psicoanálisis tiene sus consecuencias —la mayoría de las veces profundas y benéficas— para la existencia de una persona, por lo tanto, efectos que se pueden llamar "terapéuticos"; por otro lado, el proceso psicoanalítico se encamina ya a partir del momento donde todos los objetivos que pudieron motivar la cura (síntomas, dificultades con los otros, problemas conyugales... deseos de convertirse en analista, etc.) son relativizados, marginados, considerados bajo un ángulo distinto: su relación con los deseos inconscientes del analizado. Es en este sentido que la fórmula de Lacan se justifica: *La curación llega por añadidura.*

Existe una suerte de malentendido fundamental en la búsqueda de la cura. El paciente viene para liberarse de un síntoma preciso, limitado, sin desear cambiar nada más: se encuentra enfrentado profundamente a deseos y pasiones que ni siquiera sospechaba. Un "engaño" donde es el *síntoma* el que es engañado, rodeado, cortado de raíz. El psicoanálisis es un proceso eminentemente individual, singular, una nueva *versión* del ser, verdadera conversión que no puede ser medida según criterios puntuales, objetivos, como la supresión de un síntoma determinado. En la carrera rumbo a la "salud pública", con la vara de los criterios psiquiátricos o de la rentabilidad social, el psicoanálisis pierde antes de comenzar: ni por el número de los pacientes que puede tratar, ni por la perseverancia que exige, ni por los resultados "existenciales" que provoca, entra en el balance de una "Seguridad Social".

Acá reside sin duda, el malentendido sobre el status social del psicoanálisis. A partir del momento en que reivindica el ser tomado en cuenta por los poderes públicos, se enfrenta, y es bien normal, a la exigencia de una rentabilidad social susceptible de ser apreciada en función de objetivos precisos... objetivables. Claro que el bienestar de una existencia, la capacidad de que alguien recupere su destino no entrará jamás en un balance "calidad/precio".

Ciertos psicoanalistas reivindican ser ante todo terapeutas. La respuesta social es evidente: ¡Sea! Pero que pongan antes que nada un poco de "orden" en todo esto. La puesta en orden del psicoanálisis no tiene otro significado que ser una respuesta anticipada a la tendencia profunda de los Estados modernos: reglamentar todo en función de las normas y exigencias preestablecidas; normas que el método psicoanalítico exige justamente revocar por las dudas para develar el fundamento: los secretos deseos de cada uno.

La práctica psicoanalítica tiene probablemente sus "días contados" si intenta "colar" subrepticiamente en los poderes públicos algo que les es profundamente indiferente: una palabra libre para que un individuo pueda tomar en sus manos su destino. En ese juego del orden y de la puesta en orden, el psicoanálisis habrá "perdido su alma" sin ganar los reembolsos de las sesiones vía obra social. Se sabe que las obras sociales no reembolsan los medicamentos llamados "de confort"...

La teoría psicoanalítica está amenazada por su propia difusión que la transforma en una ideología en liquidación. La terapéutica psicoanalítica está amenazada, si contradice sus mismos principios, y acepta rendir cuenta de su ejercicio, de su técnica y de sus resultados a un tercer árbitro: los poderes públicos.

La práctica psicoanalítica, como *método* y como *situación*, sobrevivirá seguramente a la massmediatización y a la estatización modernas galopantes. Las ideas que ella abrió sobre el inconsciente individual, su génesis y sus manifestaciones permanecerán como descubrimientos *inquietantes* para aquellos que tienen el coraje y la felicidad de hacer la experiencia, y *provocadores* para la reflexión teórica. A menos... a menos que el inconsciente tenga, él también, "sus días contados" en el porvenir que nos prepara la "civilización"...

Etica y clínica

Hablar para vivir

Por Juan Carlos Volnovich*

La situación analítica crea un espacio privado —realidad de ficción— donde todo pasa sin que pase nada.

Espacio privado, íntimo, destinado a ser escenario privilegiado para que aparezca esa parte del sujeto que —siendo muda— lo determina. Espacio privado para que emerjan las raíces irracionales de sus construcciones lógicas, los núcleos de insensatez que hacen posible la manera singular en que se expresa su cordura.

Seguramente no podemos llamar análisis a todo lo que pasa a lo largo de un prolongado proceso analítico. Es más, tal vez análisis sea sólo esa experiencia puntual, efímera, más aludida que atrapada. Ese instante de revelación y reconocimiento del inconsciente.

Pero ese instante en que el inconsciente se revela, esa mágica aparición que nos turba —efímera, puntual— es fruto del trabajo prolongado de la transferencia.

Experiencia, la del análisis, que adquiere sentido sólo gracias a esta revelación puntual que —siendo mágica y milagrosa— nada tiene de religiosa. La religión toma el milagro como testimonio empírico que prueba la existencia de Dios. El milagro ratifica, verifica o corrobora, como quiera cada cual, una certeza. El milagro reafirma la creencia, acaba con el cuestionamiento.

La aparición del inconsciente —ese episodio fulgurante como un rayo que hace alusión más que evidencia— es sólo índice de precariedad, de incertidumbre, de cuestionamiento. Ataca la creencia.

La clínica psicoanalítica se basa en la transferencia y la transferencia es simulacro, falsa conexión, expectativa confiada.

Es simulacro: ¿qué otra definición más pertinente para transferencia? No es copia. No son buenas imágenes reactualizadas, dotadas de algún parecido con aquellas originales de la infancia. Por el contrario es simulacro. Es la ilusión de un saber sobre un modelo que nunca existió.

La transferencia es esa falsa conexión que se establece entre el analista y el analizando. Falsa conexión que sostiene todo el edificio del análisis. Vértice de una pirámide invertida. Saber basado en esa falsedad. El psicoanálisis —la más rigurosa estructura del conocimiento sobre la construcción subjetiva— se apoya en la precariedad evanescente, en la fragilidad del saber sobre la transferencia.

La eficacia del análisis consistiría, entonces, en sostener el equilibrio, aguantar la contradicción entre ese saber monolítico que la teoría supone, y ese no saber de la clínica que, sin embargo, promueve y garantiza el movimiento discursivo.

La transferencia es expectativa confiada en el saber del otro. Es esa esperanza del analizando en que con su saber, el analista pueda aliviarle el sufrimiento. Y es la esperanza del analista en que hurgando en su ignorancia, buscando en su propia historia y sus propias ficciones, el analizando logre adueñarse de las representaciones y creencias que lo empujaron al dolor y al sufrimiento.

Cada uno espera confiado en el otro y es por eso que la transferencia es recíproca. Cada uno espera, pero de manera distinta. No es una espera simétrica. Si el analizando espera que el analista *lo* cure, el analista espera que el analizando *se* cure.

Para que el analizando se lance a la aventura del análisis, para que se arriesgue voluntariamente a quedar expuesto a la locura, al desamparo que la renuncia a las certezas descubre, es necesario que confíe en su analista. Que confíe en el saber del analista. En la fuerza capaz de sostener su debilidad (la propia y la del analista) y en la fuerza para lidiar con la tentación, siempre presente, de hacer uso de esa fuerza.

El psicoanalista espera, no sugiere nada, no propone otra tarea como no sea la de dejar que las palabras, cualesquiera éstas sean, vengan y discurran. Debe situarse más allá del campo de los intereses sociales y mundanos. Más allá de la intención de cumplir con fines determinados.

"Por nuestra parte —le dice Freud a Ferenczy, su anfitrión en Budapest— rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos. Rehusamos estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y rehusamos, también, intentar formarlo con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza."

El psicoanalista espera, y esa espera indeterminada determina la provocación del otro. La aparición de la diferencia.

El psicoanalista espera y esa espera indeterminada determina el espacio en que el analizando se despliega.

El psicoanalista espera, nada sugiere, no propone nada. Se deja arrastrar. Pero esa espera no es una espera pasiva: no es la espera de un testigo inmóvil; *voyeur* que goza ante el espectáculo de un discurso desnudo.

La espera analítica es asiento de una singular fortaleza. Fuerza que garantiza la producción de una diferencia allí donde la sugestión tiende a la reduplicación mimética, a la copia, a la imitación.

Si la espera confiada implica también la provocación de las fuerzas reprimidas que la cultura intenta controlar, desviar o proscribir, la eficacia del análisis —antes que en la elucidación de la verdad histórica— habría que buscarla en el reordenamiento de lo humano no asumido.

El psicoanalista espera, no sugiere nada. Nada propone. Pero el psicoanalista que espera no es neutro, ni distante, ni espectador prescindente. La neutralidad analítica, bien diferente de la científica, supone una proximidad casi hasta la incandescencia. Y esto no es otra cosa que esfuerzo y padecimiento. La neutralidad analítica es una operación activa. Tan activa como que su ideal es ser muda, no explícita. Activa operación de renuncia a los valores, ideales y deseos. Activa operación de desestimar las preferencias propias para liberar el espacio al deseo del analizando. Renuncia imposible de cumplirse, de todos modos. Meta que jamás se alcanza al punto que, muchas veces, he preferido enunciarme, no como confesión contratransferencial, sino como propósito discriminatorio. Enunciarme antes que fingir una neutralidad hipócrita; garantía, esta última, del ejercicio de la sugestión o la indoctrinación solapada.

El psicoanalista espera, se deja arrastrar, nada sugiere, no propone nada. Pero el psicoanalista que espera no es neutro y su espera es apasionada.

"Pasión por la alteridad" que caracteriza de la mejor manera lo que ocurre en un análisis. El término es de Roustang y sería bueno no confundirlo con el altruismo, ni con el amor. Hay algo de invasión recíproca, de entrega al otro, de anhelo de perpetuidad en el altruismo y en el amor, que le es ajeno a esta pasión por la alteridad.

Esta pasión por la alteridad es un tipo muy especial de pasión. Está siempre en duelo consigo misma. Se trata de una pasión ambigua, paradójica ya que intenta mantener al otro, libre de la propia pasión del analista. Además, es una pasión que cuando obtiene lo que busca (esto es: la alteridad) se extingue negándose a sí misma.

La ética del analista se apoya, entonces, en este oficio de alterizador. Relaciones pasionales que nacen y viven con el compromiso de extinguirse.

El psicoanálisis es, así, una pasión a término. Pasión destinada a desaparecer sin dejar rastros. Aunque ésta sea una vana utopía.

Esta finitud por contrato diferencia al análisis de cualquier otro vínculo que solemos establecer. Toda relación amorosa elude la ruptura y ésta, cuando ocurre, es contingente pero no constitutiva. Sólo el análisis, como el vínculo edípico, florece para ser sepultado.



El fin del análisis —como meta y como terminación— es un imperativo lógico más que accidental. El análisis, aunque tiende a permanecer, nace para terminar.

El psicoanalista espera, se deja arrastrar, nada sugiere, no propone nada. El énfasis puesto en la incertidumbre, en el sostén de esa posición precaria, en la porfiada decisión de cuestionarlo todo, no debe impedirnos el compromiso con ciertos pilares axiomáticos, con ciertos principios éticos.

El saber del analista implica un lugar de poder y este poder se funda en la prohibición de ejercerlo. Es un poder que sólo se ejerce a los fines del análisis.

No obstante esta prohibición cede, frecuentemente, a la tentación, y el nudo de la corrupción es casi siempre el mismo: la institución y el amor.

Soy dogmático al afirmar que la sustracción del poder del analista, para otros fines que no sean aquellos que tengan al análisis mismo como meta, es intención ineludible para cualquier analista. La finitud del análisis, la prohibición de actuar el cuerpo erótico, el secreto profesional, son mandamientos que deben ser respetados y merecen una actitud alerta; no sólo a las formas más escandalosas y ostensibles de transgresión, sino a las formas subliminales y racionalizables.

La perpetuación del análisis a través de múltiples recursos, la relación sexual entre analistas y analizandos, la infidencia, son, más que excepciones, parte de la escabrosa historia y cotidianidad de la institución psicoanalítica.

Este eticismo no es ajeno a otra dificultad singular de la práctica analítica. Si la clínica apunta al relieve de lo singular y funda la capacidad de pensar del analista fuera de la doxa y del manual. Si la clínica basa su eficacia en la posibilidad de mantener una tensión, un intervalo con la creencia y la verdad consensual, la teoría, por el contrario, busca la generalidad, la totalización de sus afirmaciones. Lo que es peor aún, la institución busca el consenso.

Mucho es lo que se pierde cuando la teoría anticipa la interpretación; casi todo el trabajo analítico queda desvirtuado cuando la clínica se pone al servicio de ilustrar y glorificar la teoría. Cuando la institución demanda la sacralización de la teoría y cuando los maestros exigen una adhesión acrítica, entonces el anatema reemplaza a la controversia y en su lugar las guerras de prestigio se desatan para ahogar la reflexión.

La responsabilidad del analista basa también su eficacia en la producción teórica. Nuestro oficio de alterizadores se ve entonces limitado por el propio cuerpo teórico.

¿Qué hacemos nosotros, analistas varones, con nuestras analizadas mujeres, pertrechados como estamos por un cuerpo teórico que no ha sido revisado a la luz de la situación actual de la mujer? ¿Dónde está la crítica del psicoanálisis a los valores patriarcales de la sociedad? ¿Qué hacen las analistas mujeres con sus analizadas mujeres, con sus analizados varones y con los niños y niñas —ya que, como se sabe ésta es una práctica casi exclusiva de mujeres— sin haber reflexionado sobre el estatuto psicoanalítico de la mujer en la relación madre-hijo/a?

Con afirmaciones freudianas como que "la niña es un niño" o que "la felicidad conyugal está mal asegurada hasta que la mujer no logra hacer de su esposo un hijo" o aquella que sostiene la realización femenina sólo en la maternidad, trayendo al mundo un hijo varón, sustituto del pene y portador del mismo. ¿Cómo puede un analista con estos disparates ejercer su oficio de alterizador?

Con propuestas lacanianas que sostienen sobre la sexualidad femenina el discurso de la verdad, a saber: que lo femenino no tiene lugar más que en el discurso; esto es, en el interior de modelos y de leyes promulgados por sujetos masculinos. ¿Cómo puede un analista empujar a una mujer a parir su propia respuesta si en su escucha no hay lugar



un caso particular en una visión más amplia, más general. Pero si las teorías psicoanalíticas son mortales, es estar mal informado considerar que el pensamiento psicoanalítico está consagrado a una repetición estéril: en realidad está bien vivo, en pleno movimiento, capaz de alborotar en profundidad. Una de las tareas que le son asignadas es la de darse plenamente cuenta en la *constitución del individuo humano, de su relación original con el otro.*

¿La terapéutica, el psicoanálisis como tratamiento, es solamente una simple aplicación del "método" y, por así decirlo, su pariente pobre? Expresarse así es pasar rápidamente sobre lo que hace a la paradoja de la "cura" psicoanalítica: por un lado, todo psicoanálisis tiene sus consecuencias —la mayoría de las veces profundas y benéficas— para la existencia de una persona, por lo tanto, efectos que se pueden llamar "terapéuticos"; por otro lado, el proceso psicoanalítico se encamina ya a partir del momento donde todos los objetivos que pudieron motivar la cura (síntomas, dificultades con los otros, problemas conyugales... deseos de convertirse en analista, etc.) son relativizados, marginados, considerados bajo un ángulo distinto: su relación con los deseos inconscientes del analizado. Es en este sentido que la fórmula de Lacan se justifica: *La curación llega por añadidura.*

Existe una suerte de malentendido fundamental en la búsqueda de la cura. El paciente viene para liberarse de un síntoma preciso, limitado, sin desear cambiar nada más: se encuentra enfrentado profundamente a deseos y pasiones que ni siquiera sospechaba. Un "engaño" donde es el *síntoma* el que es engañado, rodeado, cortado de raíz. El psicoanálisis es un proceso eminentemente individual, singular, una nueva *versión* del ser, verdadera conversión que no puede ser medida según criterios puntuales, objetivos, como la supresión de un síntoma determinado. En la carrera rumbo a la "salud pública", con la vara de los criterios psiquiátricos o de la rentabilidad social, el psicoanálisis pierde antes de comenzar: ni por el número de los pacientes que puede tratar, ni por la perseverancia que exige, ni por los resultados "existenciales" que provoca, entra en el balance de una "Seguridad Social".

Acá reside sin duda, el malentendido sobre el status social del psicoanálisis. A partir del momento en que reivindica el ser tomado en cuenta por los poderes públicos, se enfrenta, y es bien normal, a la exigencia de una rentabilidad social susceptible de ser apreciada en función de objetivos precisos... objetivables. Claro que el bienestar de una existencia, la capacidad de que alguien recupere su destino no entrará jamás en un balance "calidad/precio".

Ciertos psicoanalistas reivindican ser ante todo terapeutas. La respuesta social es evidente: ¡Sea! Pero que pongan antes que nada un poco de "orden" en todo esto. La puesta en orden del psicoanálisis no tiene otro significado que ser una respuesta anticipada a la tendencia profunda de los Estados modernos: reglamentar todo en función de las normas y exigencias preestablecidas; normas que el método psicoanalítico exige justamente revocar por las dudas para develar el fundamento: los secretos deseos de cada uno.

La práctica psicoanalítica tiene probablemente sus "días contados" si intenta "colar" subrepticiamente en los poderes públicos algo que les es profundamente indiferente: una palabra libre para que un individuo pueda tomar en sus manos su destino. En ese juego del orden y de la puesta en orden, el psicoanálisis habrá "perdido su alma" sin ganar los reembolsos de las sesiones vía obra social. Se sabe que las obras sociales no reembolsan los medicamentos llamados "de confort"...

La teoría psicoanalítica está amenazada por su propia difusión que la transforma en una ideología en liquidación. La terapéutica psicoanalítica está amenazada, si contradice sus mismos principios, y acepta rendir cuenta de su ejercicio, de su técnica y de sus resultados a un tercer árbitro: los poderes públicos.

La práctica psicoanalítica, como *método* y como *situación*, sobrevivirá seguramente a la massmediatización y a la estatización modernas galopantes. Las ideas que ella abrió sobre el inconsciente individual, su génesis y sus manifestaciones permanecerán como descubrimientos *inquietantes* para aquellos que tienen el coraje y la felicidad de hacer la experiencia, y *provocadores* para la reflexión teórica. A menos... a menos que el inconsciente tenga, él también, "sus días contados" en el porvenir que nos prepara la "civilización"...

Etica y clínica

Hablar para vivir

Por Juan Carlos Volnovich*

La situación analítica crea un espacio privado —realidad de ficción— donde todo pasa sin que pase nada.

Espacio privado, íntimo, destinado a ser escenario privilegiado para que aparezca esa parte del sujeto que —siendo muda— lo determina. Espacio privado para que emerjan las raíces irracionales de sus construcciones lógicas, los núcleos de insensatez que hacen posible la manera singular en que se expresa su cordura.

Seguramente no podemos llamar análisis a todo lo que pasa a lo largo de un prolongado proceso analítico. Es más, tal vez análisis sea sólo esa experiencia puntual, efímera, más aludida que atrapada. Ese instante de revelación y reconocimiento del inconsciente.

Pero ese instante en que el inconsciente se revela, esa mágica aparición que nos turba —efímera, puntual— es fruto del trabajo prolongado de la transferencia.

Experiencia, la del análisis, que adquiere sentido sólo gracias a esta revelación puntual que —siendo mágica y milagrosa— nada tiene de religiosa. La religión toma el milagro como testimonio empírico que prueba la existencia de Dios. El milagro ratifica, verifica o corrobora, como quiera cada cual, una certeza. El milagro reafirma la creencia, acaba con el cuestionamiento.

La aparición del inconsciente —ese episodio fulgurante como un rayo que hace alusión más que evidencia— es sólo índice de precariedad, de incertidumbre, de cuestionamiento. Ataca la creencia.

La clínica psicoanalítica se basa en la transferencia y la transferencia es simulacro, falsa conexión, expectativa confiada.

Es simulacro: ¿qué otra definición más pertinente para transferencia? No es copia. No son buenas imágenes reactualizadas, dotadas de algún parecido con aquellas originales de la infancia. Por el contrario es simulacro. Es la ilusión de un saber sobre un modelo que nunca existió.

La transferencia es esa falsa conexión que se establece entre el analista y el analizando. Falsa conexión que sostiene todo el edificio del análisis. Vértice de una pirámide invertida. Saber basado en esa falsedad. El psicoanálisis —la más rigurosa estructura del conocimiento sobre la construcción subjetiva— se apoya en la precariedad evanescente, en la fragilidad del saber sobre la transferencia.

La eficacia del análisis consistiría, entonces, en sostener el equilibrio, aguantar la contradicción entre ese saber monolítico que la teoría supone, y ese no saber de la clínica que, sin embargo, promueve y garantiza el movimiento discursivo.

La transferencia es expectativa confiada en el saber del otro. Es esa esperanza del analizando en que con su saber, el analista pueda aliviarle el sufrimiento. Y es la esperanza del analista en que hurgando en su ignorancia, buscando en su propia historia y sus propias ficciones, el analizando logre adueñarse de las representaciones y creencias que lo empujaron al dolor y al sufrimiento.

Cada uno espera confiado en el otro y es por eso que la transferencia es recíproca. Cada uno espera, pero de manera distinta. No es una espera simétrica. Si el analizando espera que el analista *lo* cure, el analista espera que el analizando *se* cure.

Para que el analizando se lance a la aventura del análisis, para que se arriesgue voluntariamente a quedar expuesto a la locura, al desamparo que la renuncia a las certezas descubre, es necesario que confíe en su analista. Que confíe en el saber del analista. En la fuerza capaz de sostener su debilidad (la propia y la del analista) y en la fuerza para lidiar con la tentación, siempre presente, de hacer uso de esa fuerza.

El psicoanalista espera, no sugiere nada, no propone otra tarea como no sea la de dejar que las palabras, cualesquiera éstas sean, vengan y discurran. Debe situarse más allá del campo de los intereses sociales y mundanos. Más allá de la intención de cumplir con fines determinados.

"Por nuestra parte —le dice Freud a Ferenczy, su anfitrión en Budapest— rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos. Rehusamos estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y rehusamos, también, intentar formarlo con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza."

El psicoanalista espera, y esa espera indeterminada determina la provocación del otro. La aparición de la diferencia.

El psicoanalista espera y esa espera indeterminada determina el espacio en que el analizando se despliega.

El psicoanalista espera, nada sugiere, no propone nada. Se deja arrastrar. Pero esa espera no es una espera pasiva: no es la espera de un testigo inmóvil; *voyeur* que goza ante el espectáculo de un discurso desnudo.

La espera analítica es asiento de una singular fortaleza. Fuerza que garantiza la producción de una diferencia allí donde la sugestión tiende a la reduplicación mimética, a la copia, a la imitación.

Si la espera confiada implica también la provocación de las fuerzas reprimidas que la cultura intenta controlar, desviar o proscribir, la eficacia del análisis —antes que en la elucidación de la verdad histórica— habría que buscarla en el reordenamiento de lo humano no asumido.

El psicoanalista espera, no sugiere nada. Nada propone. Pero el psicoanalista que espera no es neutro, ni distante, ni espectador prescindente. La neutralidad analítica, bien diferente de la científica, supone una proximidad casi hasta la incandescencia. Y esto no es otra cosa que esfuerzo y padecimiento. La neutralidad analítica es una operación activa. Tan activa como que su ideal es ser muda, no explícita. Activa operación de renuncia a los valores, ideales y deseos. Activa operación de desestimar las preferencias propias para liberar el espacio al deseo del analizando. Renuncia imposible de cumplirse, de todos modos. Meta que jamás se alcanza al punto que, muchas veces, he preferido enunciarme, no como confesión contratransferencial, sino como propósito discriminatorio. Enunciarme antes que fingir una neutralidad hipócrita; garantía, esta última, del ejercicio de la sugestión o la indoctrinación solapada.

El psicoanalista espera, se deja arrastrar, nada sugiere, no propone nada. Pero el psicoanalista que espera no es neutro y su espera es apasionada.

"Pasión por la alteridad" que caracteriza de la mejor manera lo que ocurre en un análisis. El término es de Roustang y sería bueno no confundirlo con el altruismo, ni con el amor. Hay algo de invasión recíproca, de entrega al otro, de anhelo de perpetuidad en el altruismo y en el amor, que le es ajeno a esta pasión por la alteridad.

Esta pasión por la alteridad es un tipo muy especial de pasión. Está siempre en duelo consigo misma. Se trata de una pasión ambigua, paradójica ya que intenta mantener al otro, libre de la propia pasión del analista. Además, es una pasión que cuando obtiene lo que busca (esto es: la alteridad) se extingue negándose a sí misma.

La ética del analista se apoya, entonces, en este oficio de alterizador. Relaciones pasionales que nacen y viven con el compromiso de extinguirse.

El psicoanálisis es, así, una pasión a término. Pasión destinada a desaparecer sin dejar rastros. Aunque ésta sea una vana utopía.

Esta finitud por contrato diferencia al análisis de cualquier otro vínculo que solemos establecer. Toda relación amorosa elude la ruptura y ésta, cuando ocurre, es contingente pero no constitutiva. Sólo el análisis, como el vínculo edípico, florece para ser sepultado.



El fin del análisis —como meta y como terminación— es un imperativo lógico más que accidental. El análisis, aunque tiende a permanecer, nace para terminar.

El psicoanalista espera, se deja arrastrar, nada sugiere, no propone nada. El énfasis puesto en la incertidumbre, en el sostén de esa posición precaria, en la porfiada decisión de cuestionarlo todo, no debe impedirnos el compromiso con ciertos pilares axiomáticos, con ciertos principios éticos.

El saber del analista implica un lugar de poder y este poder se funda en la prohibición de ejercerlo. Es un poder que sólo se ejerce a los fines del análisis.

No obstante esta prohibición cede, frecuentemente, a la tentación, y el nudo de la corrupción es casi siempre el mismo: la institución y el amor.

Soy dogmático al afirmar que la sustracción del poder del analista, para otros fines que no sean aquellos que tengan al análisis mismo como meta, es intención ineludible para cualquier analista. La finitud del análisis, la prohibición de actuar el cuerpo erótico, el secreto profesional, son mandamientos que deben ser respetados y merecen una actitud alerta; no sólo a las formas más escandalosas y ostensibles de transgresión, sino a las formas subliminales y racionalizables.

La perpetuación del análisis a través de múltiples recursos, la relación sexual entre analistas y analizandos, la infidencia, son, más que excepciones, parte de la escabrosa historia y cotidianidad de la institución psicoanalítica.

Este eticismo no es ajeno a otra dificultad singular de la práctica analítica. Si la clínica apunta al relieve de lo singular y funda la capacidad de pensar del analista fuera de la doxa y del manual. Si la clínica basa su eficacia en la posibilidad de mantener una tensión, un intervalo con la creencia y la verdad consensual, la teoría, por el contrario, busca la generalidad, la totalización de sus afirmaciones. Lo que es peor aún, la institución busca el consenso.

Mucho es lo que se pierde cuando la teoría anticipa la interpretación; casi todo el trabajo analítico queda desvirtuado cuando la clínica se pone al servicio de ilustrar y glorificar la teoría. Cuando la institución demanda la sacralización de la teoría y cuando los maestros exigen una adhesión acrítica, entonces el anatema reemplaza a la controversia y en su lugar las guerras de prestigio se desatan para ahogar la reflexión.

La responsabilidad del analista basa también su eficacia en la producción teórica. Nuestro oficio de alterizadores se ve entonces limitado por el propio cuerpo teórico.

¿Qué hacemos nosotros, analistas varones, con nuestras analizadas mujeres, pertrechados como estamos por un cuerpo teórico que no ha sido revisado a la luz de la situación actual de la mujer? ¿Dónde está la crítica del psicoanálisis a los valores patriarcales de la sociedad? ¿Qué hacen las analistas mujeres con sus analizadas mujeres, con sus analizados varones y con los niños y niñas —ya que, como se sabe ésta es una práctica casi exclusiva de mujeres— sin haber reflexionado sobre el estatuto psicoanalítico de la mujer en la relación madre-hijo/a?

Con afirmaciones freudianas como que "la niña es un niño" o que "la felicidad conyugal está mal asegurada hasta que la mujer no logra hacer de su esposo un hijo" o aquella que sostiene la realización femenina sólo en la maternidad, trayendo al mundo un hijo varón, sustituto del pene y portador del mismo. ¿Cómo puede un analista con estos disparates ejercer su oficio de alterizador?

Con propuestas lacanianas que sostienen sobre la sexualidad femenina el discurso de la verdad, a saber: que lo femenino no tiene lugar más que en el discurso; esto es, en el interior de modelos y de leyes promulgados por sujetos masculinos. ¿Cómo puede un analista empujar a una mujer a parir su propia respuesta si en su escucha no hay lugar





para algo que tenga que ver con el goce femenino, del que nada se puede saber? ¿Cómo ejercer nuestros destinos de alterizadores, con los ojos cerrados y los oídos sordos al desempeño cognitivo de los niños, a las diferencias de clases o de etnias?

Con una ética del sufrimiento impuesta por la tradición judeo-cristiana y jamás cuestionada ¿cómo reflexionar sobre el malestar en la cultura?

¿Cómo juega el psicoanálisis su papel en esta tan posmoderna psicologización de la lucha de clases? Para el control social ¿cómo ayuda?

Basta y sobra con liberarnos de la tentación de colaborar con la administración pública para perpetuar eternamente nuestra inocencia. Libres del discurso del amo y libres de convertirnos en amos del discurso, los psicoanalistas nos ubicamos en tierra de nadie, aunque estemos en el hospital o en la facultad, o si acaso en tal o cual posición de jerarquía de una de las innumerables corporaciones psicoanalíticas que inundan nuestra ciudad. Desde esta tierra de nadie opinamos y pontificamos sobre las trabas al deseo, las restricciones administrativas, la pedagogía represiva, el poder médico y hasta criticamos a la propia institución psicoanalítica que impone dogmas y verdades sagradas. Guiados por el incorruptible objetivo de ayudar al sujeto a descubrir una verdad sobre sí mismo y sobre sus relaciones con los demás, podemos incluso declararnos subversivos. No intentamos curar a nadie porque el intento de curar es un gesto vanidoso del cual conviene apartarse. Ni curar ni siquiera analizar ya que —somos los primeros en reconocerlo— esta es misión imposible.

La pasión por la alteridad que nos abrasa intenta refinar nuestra sensibilidad a las diferencias e incrementar la tolerancia a los otros.

Así, el psicoanálisis propone la aceptación de las diferencias, la aceptación de los otros en una suerte de coexistencia uniforme, vale todo en el que un humanismo democrático, más imaginario que real, se despliega para reverenciarse ante las identidades convalidadas. En una palabra: lo singular como anónimo. Hemos arribado, al fin, al momento en que la aceptación de las diferencias se reduce a la indiferencia.

Arropado con la inocencia de la extraterritorialidad social, cuando no en el heroísmo de una oposición solitaria al orden establecido, los psicoanalistas gozamos del prestigio que una profesión respetable y respetada nos depara.

Incorporados al Sistema, siendo parte del establishment, invadiendo las universidades, los hospitales y los gabinetes psicopedagógicos de las escuelas, desde los medios de comunicación de masas, los psicoanalistas clamamos para que se nos reconozca en nuestra práctica esencialmente bastarda, asocial, clandestina.

Tal contradicción parecería basarse en un principio de irrealidad si no fuera que la mala fe se torna, algunas veces, casi insoslayable.

Entre la representación que los psicoanalistas tenemos de nosotros mismos y lo que los psiconalistas hacemos realmente existe, a todas luces, un abismo cada vez mayor.

Entre el desinterés por lo social y lo político, y esta pasión por la alteridad, se despliega una práctica que incluye y apoya la privatización de lo público. Al buscar como meta la ética del deseo, una verdadera ética de la interioridad se convalida y es, entonces, cuando el aislamiento individual se convierte en fenómeno masivo.

Y hay algo más: la pasión por la alteridad que fundamenta la ética del psicoanalista se detiene a veces, lamentablemente sólo a veces, ante la imposibilidad de analizar a aquellos que se apropian de la vida ajena. Para los psicoanalistas que hayan trabajado cercanos a los organismos de Derechos Humanos —y para los que han tenido registro del orden de la realidad, orden de la desaparición, la humillación y el despojo en que nuestra práctica se asentó y aún hoy sigue vigente— no les será difícil entender que hay ''aquellos'' a quienes debo odiar, que no puedo amarlos a todos y tampoco puedo aceptar ciertas diferencias. Hay ''aquellos'' ante quienes mi pasión por la alteridad se desvanece para dejar lugar a la pasión por la justicia. Hay ''aquellos'' a quienes no puedo, ni sería bueno, analizar.

(Médico, psicoanalista)*

Psicoanálisis y biología

Ese oscuro caos

Por Verónica Cohen*

Es desde la pregunta ¿qué se da a saber al final de un psicoanálisis? que se puede abordar una respuesta al debate tan mentado entre neurobiología y psicoanálisis.

Cuando Freud descubre el inconsciente, descubre un discurso que da lugar a un nuevo saber, el que se conquista al final de un análisis. Esa conquista de un sujeto no es ajena a la conquista de las ciencias, se trata de restarle un plus al caos. En el hombre ese caos se hace inconsciente. El psicoanálisis es así, ciencia del tropiezo en lo cotidiano. Las ciencias no son ajenas a ese caos en lo real.

Ilya Prigoyine, Premio Nobel de Química 1977, inventa una ciencia que llama del devenir. Traiciona, destituye podríamos decir, la tradición de la física de Newton y descubre una ciencia donde el caos es un orden determinado y es el desorden, el tropiezo y las fluctuaciones lo que ordena ese caos. No hay progreso científico sin ese desorden que proviene por un lado de la destitución del saber tradicional, también de la física y por otro lado del azar, de lo nuevo que reordena.

No hubiese habido ciencia sin hombres como Prigoyine o Freud. ''Un nuevo diálogo del hombre con la naturaleza'', dice Prigoyine. Se trata de un nuevo enfoque de las ciencias y del hombre donde el azar y las fluctuaciones son los que ordenan un sistema no estable.

Hay un diálogo entre la naturaleza y el hombre porque el hombre tiene naturaleza de discurso. El hombre, ser de lenguaje, trató siempre de escribir la apariencia de lo que observa. Escribe desde diferentes discursos sobre diferentes escenas: paradigmas.

Desde la antigüedad, el hombre trató de hacer una escritura de algo *imposible* de terminar de escribir. A ese imposible lo llamaremos oscuro caos que horroriza al hombre pero que es resorte y enigma a descifrar. Es a los psicoanalistas a quienes nos tocó también una nueva lectura. ''Una dimensión nueva de la condición humana'' que interesa tanto al discurso de la ciencia como al sujeto. Un nuevo modo de relación fundado en el lazo de la palabra. Se trata de un ''nuevo saber'', un saber sobre el tropiezo, el lapsus y el desencuentro. Sobre el soñar como guardián del dormir y no sobre el dormir.

Pero volvamos a las ciencias.

¿Qué estableció de ''nuevo'' Descartes? Un sujeto fundado en un ser de pensamiento. Un sujeto que se sustrae a un todo absoluto e ilusorio que llamamos oscuro caos. Donde antes no existía, surge la ciencia: ''La cosa pensante'', un sujeto que se pone entre paréntesis para poder hacer ciencia y una verdad que deja en manos de Dios. Surge el conocimiento.

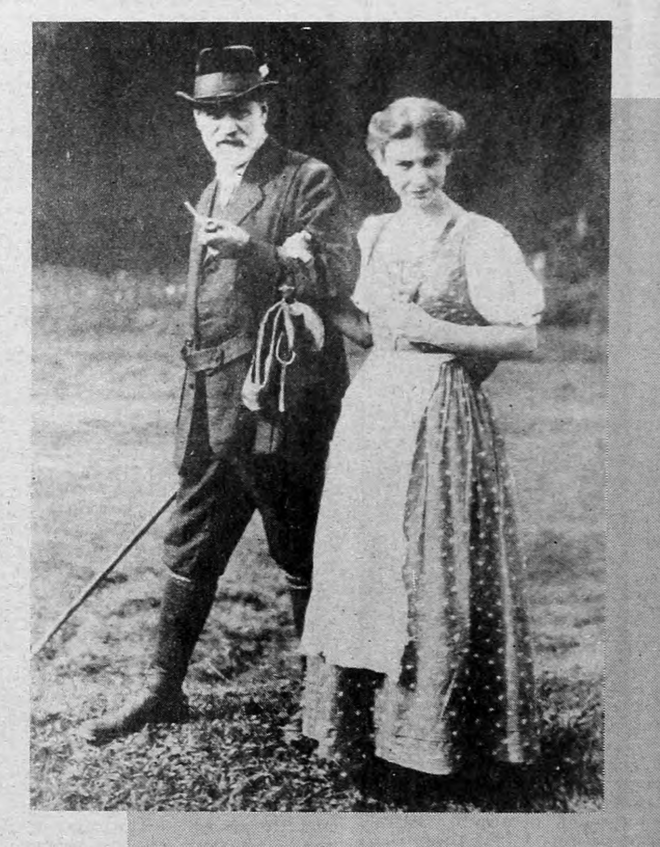
No es poco sustituir a Dios por el hombre o poner el conocimiento en el centro. Aún se trata de un saber que no logra destituir la ''esencia'' instituida, no logra sacudirse de encima la tradición (¡Pero cómo, si es inconsciente y esto no se sabe!).

El ser lo agobia, pero le es posible inventar un discurso simbólico, un lenguaje para escribir lo que observa en la apariencia de la naturaleza. Nacen así la física y las nuevas matemáticas. Recién Kepler con la elipse produce un descentramiento; algo ya no cierra nunca más: el mundo.

Siglo XX: Einstein descubre que el tiempo es una ilusión: surge un nuevo paradigma. El mundo ya no es cerrado pero algo en el universo insiste. ¿Qué insiste? Es preciso un nuevo discurso, el del psicoanálisis, para que diga algo sobre ese imposible que insiste.

La experiencia freudiana hace nacer un invento, el inconsciente y su analista. Le resta un plus al caos, le resta algo más a lo imposible escribiendo: psicoanalizar, gobernar, educar: tareas imposibles.

Ese nuevo discurso, el del analista, va a dar un saber, un ''nuevo saber'' que aporta a las ciencias, a la política, a la enseñanza, pero sobre todo al sujeto. Un saber que se ''conquista'' al final de un análisis. No se trata como en una psicoterapia de estar ''*en manos* de las palabras de otro'', lo cual Freud reduce a la sugestión. Justamente se trata de estar implicado en las propias palabras.



¿Qué se da a saber al final de un psicoanálisis?, ¿qué es lo que se conquista y se resta a ese oscuro caos? Desde lo imaginario un desencanto, el de un desencuentro entre el objeto que se creía ser desde la infancia y el sujeto con su deseo. Es como el despertar de un sueño, un sueño infantil. Hombre o mujer, se descubre que sólo es un sujeto y no ese soñado objeto. Se trata de una disyunción entre un ser imposible versus un tener y desear. Esa disyunción es el producto que se da a saber, se conquista al final de un psicoanálisis si el analista es el límite necesario, firme como una roca para que sea posible desplegar lapsus, tropiezos, síntomas y sueños.

¿Qué tiene que ver esto con ''abandonarse'' en manos de otra persona, si es lo opuesto, o con el chamanismo que es pura magia o sugestión? Contestaré a las objeciones al psicoanálisis.

Esa oposición entre un ser imposible y un desear escribe algo nuevo: cómo para cada sujeto esa ''cosa extensa'' rechazada, ese cuerpo que cae, pulsa al ser pensante de una manera siempre particular, con sufrimiento, un malestar particular, un vértigo, una angustia, una cólera o una humillación siempre desplegada en una escena singular. Quizá puede entonces sustituir ese sentimiento por el poco de felicidad posible.

Un advenir posible donde algo de lo rechazado, de lo que horroriza, algo de eso restante es incluido en el inconsciente. Lo que está preso, fuera de discurso, se hace inconsciente. Es en el inconsciente donde lo mudo cobra voz y palabra y lo que es cuerpo se marca pero en un cuerpo de una biología singular, la de los seres hablantes: es el enigma de la sexualidad que es resorte y horror.

Desde el discurso del psicoanalista, nuevo decir, se da a saber la condición de lo imposible: dejar de insistir, pero eso mismo es su condición de resorte de nuevas interrogaciones. Implica una nueva decisión, la de un sujeto en relación con sus sueños infantiles; un despertar a lo actual de su desear. Como Descartes, Galileo, Newton o Einstein sucede una inscripción. Algo se escribe, una enseñanza sobre lo imposible que hace que sie
pre pulsados, siempre apremiados desde
cuerpo, seamos seres de lenguaje. Homb
o mujeres vamos a ese emplazamiento
es el mundo, con la propia escena monta
sobre lo que es horror y resorte. En esa
cena se despliega su sueño: ''Hace la suy
y se desencuentra con el infantil sueño, s
azar lo permite.

Si las ciencias son ciencias de ese real i
posible y escriben en su discurso lo que r
tan a su afuera, le van restando un plus
caos. El psicoanálisis se ocupa del sujet
lo que es para cada sujeto ''eso'' restante.
lo inconsciente lo que cae del cuerpo en
diván como palabra dicha, dada a sabe

¿Por qué se habría el psicoanálisis de op
ner a una biología dado que se trata de o
saber, de otro decir, si es su guardián?
como el sueño es guardián del dormir.

(Psicoanalista. Escuela Freudiana de la Argentina.)*

GRAGEAS

LUZ INTELIGENTE PARA EL ARTE

Dentro de unos meses, habrá luz inteli
gente iluminando las obras de arte ex
puestas en la Galería Degli Uffizi de Flo
rencia. Sus salas serán sometidas a u
complejo maquillaje iluminotécnico, co
la ayuda de computadoras, sistemas d
rayos infrarrojos, sistemas fotoelectróni
cos y simuladores de luz solar. De est
manera, los rayos luminosos que caerá
sobre las obras de Giotto, Piero dell
Francesca y Botticelli pondrán en eviden
cia las zonas más significativas de su
obras y mantendrán en claroscuro las qu
menos contribuyen a apreciar al objet
o al ambiente en su totalidad. La ilumi
nación apropiada no es un detalle super
fluo, ni sólo una cuestión estética. E
1977, el Instituto Internacional para l
Preservación y la Conservación de Biene
Culturales organizó una muestra perma
nente en Roma sobre los efectos degene
rativos de la luz sobre las obras de art
compuestas con materiales perecederos